



El hijo de Pichamán

por ANDRES SABELLA

Leónco Guerrero era fuerte, como un lazo maulino. Había nacido en Pichamán. El aire de su aldea pareció perseguirlo en la ciudad, celoso de la pureza de este hijo suyo, empacinado en liberarlo de cuánto pudiese contaminarlo, haciendo pedazos la transparencia de sus visiones e intenciones. Campechano y poderoso, rotundo en sus juicios, Leónco aparecía, por la Tertulia de Nacimiento, en Ahumada 125, como un pequeño león chileno, un puma al que no engañaban los olores de la sangre: sabía, exactamente, cuando alguien no era sino tinta, cuando las cosas no poseían aquel cimiento de hombre que necesitan para vivir con dignidad de tiempo. En *Don Pino*, de su novela "La Caleta", (1), ardía mucho de si mismo:

"Yo soy Manuel Pino y hago honor a mi apellido: soy un pino, un mañío, una una arauaria humana", (Pág. 125).

Leónco fue de los escritores a quienes las letras no interesan para estrujarlas en dorados vinos y zafarranías de muñeco. Las maneja, como si fuesen caballos que debían correr hasta donde acaban los horizontes del sociador, como animales para saltar todos los vallados:

"Un grito humano rasga el telón de fondo del momento:

—¡Toconinasas!

La palabra es cogida por el viento y la arroja contra los farallones, deshilachándola", (2).

El hueso cabal que lo colmaba le montó en el Criollismo y, allí, fue jinete de espuela grande. Miraba a Mariano Latorre, con respeto, pero

no con el sombrero de los pedigüeros de gloria. Comprendía que la literatura era su verdadera tarea de hombre y la cumplía, honesto y generoso, mostrando manos de sembrador y de botero maulino: manos para dar vidas a la vida:

"...para los surazos, tenemos nuestro pecho o el fondo húmedo de los botes...", (3).

No golpeó puertas de señorones ni se desveló porque un laurel le cayese en medio de la frente. Amó la vida en plenitud, gozoso de la amistad, del vino, del amor. A poco de tratarlo, se descubría que, debajo de su corteza áspera, latía una hermosa ternura de pavo. Cuando las exigencias de los libros lo fatigaba, tomaba sus acuarelas y pintaba, con delicadeza, los temas de su oficio: aves, nubes y ojos.

Una página ejemplar de Guerrero leemos en "La Caleta", Capítulo XXIII, "Surge un bote", que, un día, recogerán las antologías, por su nobleza. Ahí, se comprueba esa trinidad de valores que le fijó Francisco Santillana: "sencillez, sobriedad y vigor":

"El bote es la transición entre la tierra y el agua, el que ha hecho posible la aventura y las separaciones", (Pág. 208).

Sin un grito de vanidad, se alejó de nosotros, galopando hacia la noche. Su huella nos entristece en lejanías. Leónco, medio huaso, medio marinero, trazó caminos que shonderán los tiempos.

(1) Zig-Zag, 1957.

(2) "Las Toninas", Editorial Neupert, 1965, Pág. 11.

(3) "La Caleta", Pág. 126.

El hijo de Pichamán [artículo] Andrés Sabella.

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hijo de Pichamán [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)